

INFORME:

ACERCA DE VARIAS OBRAS DEL ACADÉMICO CORRESPONDIENTE
Mr. Maurice de Wulf, LEÍDO Á LA ACADEMIA POR EL
ACADÉMICO DE NÚMERO Sr. D. Miguel Asín Palacios, EN
LA SESIÓN ORDINARIA DEL 5 DE MARZO DE 1919.

Designado por esta Real Academia para informar acerca del contenido de las obras de su miembro correspondiente extranjero Mr. Maurice de Wulf, remitidas por éste á raíz de su elección, el Académico que suscribe tiene el honor de presentar las siguientes notas bibliográficas en cumplimiento de dicho encargo:

1.º *De unitate formae. Gilles de Lessines.* Texte inédit et étude. Par M. de Wulf. (Louvain et Paris, 1902.)

Esta Real Academia conoce bien la personalidad científica de Mr. De Wulf. Fundador, con el Emmo. Cardenal Mercier, del Instituto Superior de Filosofía de Lovaina, la nota característica que lo distingue es la de historiador de la filosofía, y más concretamente de la escolástica.

Su historia de la filosofía medieval, que había llegado a su cuarta edición en 1912, y de la cual se han publicado traducciones en italiano y en español, es ya clásica entre los especialistas. Para redactar este manual, obra densísima y documentada de síntesis histórica, necesitaba el autor ser, además de un filósofo, un erudito. Y en efecto: desde sus primeros años de profesorado, emprendió la enorme tarea de dar á luz una colección de textos y estudios de los escolásticos

medievales, principalmente belgas, cuyo primer tomo es el libro que ahora nos ocupa y que en 1914 constaba ya de ocho tomos más, publicados por De Wulf y algunos de sus discípulos y colaboradores.

El primer tomo contiene el texto del tratado de Gilles de Lessines sobre la unidad de la forma, y un magistral prólogo en el que De Wulf expone las vicisitudes de la doctrina de la pluralidad de las formas en la escolástica anterior al siglo xiii y la innovación introducida por Santo Tomás en sentido unitario, innovación adoptada por el dominico belga Gil de Lessines.

Contemporáneo éste del Doctor Angélico y amigo de Alberto Magno, su maestro, intervino activamente en las acaloradas disputas que dicha innovación tomista provocó entre dominicos y franciscanos, y su libro *De unitate formae* representa, sin duda, el papel de protagonista en aquella dramática controversia que la rica literatura trecentista nos ha conservado. Es, en efecto, una obra de polémica más que de estudio objetivo del problema, y, como De Wulf lo ha advertido certera y sagazmente, todo su contenido y hasta la forma de exposición revelan que Gilles lo redactó para refutar á Roberto Kilwardby, arzobispo de Cantorbéry, que era uno de los más acérrimos defensores de la pluralidad de las formas. Pero, además, Gilles añade á la refutación la reconstrucción: tras esa primera parte, viene una segunda en que sienta la doctrina aristotélico-tomista sobre la materia y la forma, y, luego, una tercera en que se enuncia la teoría unitaria, y se la demuestra, principalmente con argumentos *ad absurdum*.

Pero De Wulf no se ha limitado á editar y á analizar el opúsculo del dominico belga. Mero episodio este opúsculo dentro de la historia de la escolástica, no merecería, por cierto, la atención que le ha dedicado, si no le hubiese servido de ocasión para entretener y agrupar en su derredor toda la rica trama de hechos y de ideas que integran aquella historia. Que esa es la misión del erudito, digno de tal nom-

bre: no perder la visión del conjunto de todo un problema ó de toda una época, por exceso de minuciosidad en el análisis, por abuso en el examen de los casos particulares. De Wulf ha trazado, efectivamente, en su introducción al opúsculo de Gilles, la síntesis quizá más nítida y densa de las dos direcciones doctrinales de la filosofía cristiana del siglo xiii: la que se ha llamado agustiniana y que De Wulf llama mejor antigua ó pre-tomista y la peripatética. Sólo para poder situar el opúsculo de Gilles de Lessines y su teoría de la unidad de la forma en el medio histórico y doctrinal en que surgió, De Wulf dibuja las características de la dirección pre-tomista, señala las tesis cardinales que la diferencian de la otra y las explica por el influjo de elementos de toda procedencia, cristianos y extra-cristianos, especialmente judeo-árabes. Al judío malagueño Avicibrón se debe, en efecto, atribuir la teoría hylemórfica de las sustancias espirituales, así como la doctrina de la pluralidad de las formas en los seres naturales y principalmente en el hombre que es quizá el *punctum saliens* de toda esta escuela agustiniana.

Pasa luego De Wulf á exponer la opuesta doctrina, la de la unidad de la forma, verdadera innovación de Santo Tomás, aunque sólo consiste la innovación en un retorno á la genuina teoría aristotélica de la materia y la forma. Si el ser¹ sustancial, compuesto de materia y forma, tiene unidad, la debe á la forma: si, pues, la sustancia es una é indivisa en sí, no puede tener más de una forma sustancial, porque si ésta colma ya la imperfección primordial de la materia, su insuficiencia para subsistir, ¿qué papel habría de desempeñar otra segunda forma? Y seguidamente desarrolla De Wulf todos los otros motivos físicos y psicológicos que hacen absurda la pluralidad de las formas, según la doctrina tomista* que es también —ya lo hemos dicho—la de Gilles de Lessines en su opúsculo.

La intervención del dominico belga en las agitaciones universitarias de París y Oxford para defender la doctrina tomista, oondenada por intrigas de sus adversarios, llena otro

interesante capítulo de la introducción, que se cierra con un análisis de las obras de Gilles de Lessines. La edición del opúsculo está hecha—huelga decirlo—con arreglo á las más escrupulosas normas de la crítica moderna.

2.º *Les quatre premiers quodlibets de Godefroid de Fontaines*. Texte inédit. Par M. de Wulf et A. Pelzer. (Louvain et Paris, 1904.)

3.º , *Les quodlibets cinq, six et sept de Godefroid de Fontaines*. Texte inédit. Par M. de Wulf et J. Hoffmans. (Louvain, 1914.)

Estos dos libros constituyen los tomos II y III de la misma colección de textos y estudios de escolásticos belgas á que pertenece el volumen anterior. A pesar de su enorme extensión (más de 800 páginas en folio), no contienen la totalidad de los *quodlibets* de Godofredo de Fontaines, que todavía habrán de llenar dos tomos más, el IV y V de la colección, anunciados por De Wulf, como próximos á ver la luz el año 1914, y que seguramente habrían ya sido editados si la invasión de Bélgica no hubiese interrumpido con sus violencias la intensa vida intelectual de la Escuela de Lovaina.

Godofredo de Fontaines es un escolástico belga que floreció en la Universidad de París, como maestro de Teología, en los años inmediatos á la muerte de Santo Tomás. Hombre de cultura amplísima (como lo acredita su rica biblioteca de manuscritos por él legada á la Sorbona, y que aún se conserva en la Nacional de París), no fué un simple teólogo.

En esta voluminosa obra, *Los Cuodlibetos* editada por De Wulf, se revela su compleja personalidad científica, pues cada cuestión versa sobre materia que nada tiene de homogéneo con la anterior y la siguiente: al lado de temas filosóficos abundan los que se refieren al dogma, á la moral y al derecho canónico. Otra característica de su psicología es la independencia de criterio y de lenguaje: sin ser un disidente dentro de la escolástica, tampoco es un incondicional del sis-

tema tomista en los puntos que no se rozan con el dogma; es más bien un ecléctico discreto y ponderado en las ideas, que no oculta su propia opinión, aunque sea contraria á las doctrinas corrientes de los más célebres maestros. Así lo hace, por ejemplo, en la cuestión, tan debatida, de los privilegios de las Ordenes mendicantes, en el problema metafísico de la real distinción entre la esencia y la existencia, en lo tocante á la materia como principio de individuación, en la tan discutida jerarquía de la voluntad sobre el entendimiento, etc., etc. En la mayoría de estos puntos discutibles, Godofredo se aparta de Santo Tomás, como en otros se pone á su lado y frente de sus adversarios. Es, pues, un ecléctico, de fondo tomista. La lectura de algunos de sus *Cuodlibetos* tiene además un atractivo que en vano se buscará en los libros de otros escolásticos, por la claridad de su lenguaje y lo fácil y llano de su estilo, que, sin ser difuso, está libre de la extremada concisión de los escritores medievales, tan ardua y penosa para el lector moderno.

Sería salirme fuera de los límites del encargo que me confió la Academia descender ahora á un análisis menudo de los problemas tratados por Godofredo de Fontaines en todos sus *Cuodlibetos*, que, además, como ya dije, no han sido publicados aún íntegramente. Insistir en la escurpulosidad técnica de la edición, en la sobriedad y pertinencia de las eruditas notas que la ilustran y en la exactitud y riqueza de los índices onomásticos que la acompañan para hacer fáciles la búsqueda y consulta de los pasajes de autores citados, sería empeño inoportuno quizá, tratándose cabalmente de un erudito como De Wulf, á quien esta Real Academia nombró, no hace mucho, miembro suyo Correspondiente, en mérito de sus dotes de investigador y crítico de la filosofía medieval.

MIGUEL ASÍN.

Madrid, 5 de Marzo de 1919.